NOTA PRELIMINAR DE LA TRADUCCIÓN ESPAÑOLA

El libro que ahora se edita en español es una de las pocas obras que forman el repertorio fundamental de cualquier biblioteca o de las que son objeto de consulta continua por parte de los estudiosos. En 1932 apareció la primera edición rumana (Introducere în studiul limbilor romanice. Evoluţia şi starea actuală a lingvisticii romanice, *Iaşi, 1932, 480 págs.), cuyo germen era anterior: Iorgu Iordan publicó en el homenaje a W. Streiberg un artículo en el que se trazaba una historia de la filología románica a partir de 1860* (Der heutige Stand der romanischen Sprachwissenschaft. *El volumen jubilar se imprimió en Heidelberg, 1924). Como quiera que el trabajo se ocupaba de las escuelas idealistas, W. Meyer-Lübke protestó por la que consideró injusticia contra los positivistas* (Die romanische Sprachwissenschaft der letzten zwölf Jahre. RLiR, *I, 1925), sin entender el alcance del trabajo de Iordan, en modo alguno desconsiderado con los neogramáticos, sino orientado hacia lo que en aquel momento ofrecía mayor novedad (vid. pág. 138, nota 237 de esta traducción). Así las cosas, este libro presenta una continua y reiterada madurez, porque si el capitulo II se pudo gestar en 1924, el resto de la obra se elaboró hasta 1932. Sin embargo, sería de una total injusticia pensar en la ciencia de hace treinta o cuarenta años: el libro de 1967 refleja con exactitud lo que hoy se piensa de escuelas, métodos y tendencias que son historia o que actúan sobre el quehacer de los lingüistas actuales. Bastaría pensar, pongo por caso, en el valor fundamental que Iordan da a Leo Spitzer a lo largo de toda su obra y, preguntaría, ¿qué significaba Spitzer en el idealismo de 1924? El libro no se ha detenido en un determinado planteamiento, sino que se ha ido enriqueciendo —como la ciencia misma— con una elaboración continua a lo largo de cuarenta años.*

La primera redacción rumana fue traducida, revisada y anotada por el famoso lingüista ingles John Orr (An Introduction to Romance Linguistics Its Schools and Scholars, *Londres, 1937). Gracias a esta versión la*

obra se hizo asequible a un gran público y su aparición fue acogida con verdadero júbilo: dan fe de ello una treintena de reseñas que saludaron al libro de Iordan como una de las obras capitales de la filología románica. Bastaría aducir como testimonio los nombres de los más grandes maestros de nuestra disciplina: Jud (VR, *III, 1938, págs. 329-332), Lerch* (RF, *LIII, 1939, págs. 356-358), von Wartburg* (ZrPh, *LIX, 1939, págs. 108-109). En español, los elogios tampoco fueron escasos como dan fe A. Rosenblat* (RFH, *II, 1940, págs. 182-183) y F. Ynduráin* (Universidad, *XXII, 1945, págs. 558-559).*

Sin embargo, la obra no se quedó ahí. Tanto la postura teórica de Iorgu Iordan, como las vicisitudes de la lingüística en un cuarto de siglo, hicieron elaborar al autor una obra que, si mantenía el título original, era muy otra en todos los sentidos; distinto enfoque de los problemas teóricos, nueva valoración de los hechos de la lengua, discusión polémica de ciertas posturas filosóficas, aparición de tendencias lingüísticas no presentidas antes, conclusiones finales totalmente distintas de las primitivas, hicieron de la edición rumana de 1957 y, sobre todo, de 1962 una obra que se parecía muy poco a la primitiva. Y si la primera redacción mereció los honores de ser traducida y anotada en inglés, la segunda fue vertida y anotada en alemán por W. Bahner, catedrático de la Universidad de Berlín. La traducción de Bahner es importante por dos órdenes de adiciones: unas, al comienzo, y otras, al final de la obra. Tratan, pues, de ampliar el horizonte que presenta Iordan con sendas proyecciones de no escaso valor.

En 1962 estábamos ante una obra absolutamente nueva e inédita en cualquier otra lengua que no fuera el rumano. En el Primer Congreso de Hispanistas (Oxford, 6-11 de septiembre de 1962), el profesor Iorgu Iordan me entregó un ejemplar de su libro y poco después me hizo llegar la traducción alemana. Se ponía en marcha la vieja idea, reconsiderada en el Congreso de Filología Románica de Lisboa (1959), de publicar en español el texto rumano más reciente. A pesar de la lejanía, hemos colaborado en la traducción el Seminario que el profesor Iordan dirige en Bucarest y yo mismo. Por mi parte, he procurado beneficiarme de los trabajos de Orr y Bahner para que mi esfuerzo lograra sus mejores frutos.

En este momento me parece necesario dar unas breves explicaciones sobre la naturaleza de la traducción española y de mis adiciones. El texto, tal y como resultó de la versión, era una fidelísima traducción del original rumano: no modifiqué en ningún lugar ni una tilde, ni me pareció conve-

niente sugerir la menor rectificación. Que el traductor no sea nunca traidor. Sin embargo, el profesor Iordan ha introducido algún ligerísimo retoque o alguna supresión que ha creído necesario hacer para más cabal comprensión de la obra por parte de los lectores hispánicos. Esas serán la únicas modificaciones que se encuentren entre esta edición y el original rumano. Y aquí séame permitido agradecer al autor la confianza que puso en mí como transmisor de su obra hacia los estudiosos en español y la generosidad con que ha admitido —siempre sin discusión— mis interminables sugerencias. Para salvar su aportación de mis adiciones, cualquier interpolación que yo haga va siempre entre paréntesis cuadrados.

He preferido hacer mis adiciones en aquello de que el libro se ocupa. La obra, en el pensamiento del autor, es perfecta tal como se editó en rumano. Me parecía impertinente añadir nuevos capítulos. En primer lugar, porque con ellos se perturbarían las directrices que Iorgu Iordan se ha trazado, y este es un principio de fidelidad que debo respetar a ultranza; por otra parte, dar a esos presuntos capítulos la extensión que los reales tienen en el libro, sería tanto como proyectar una obra totalmente nueva, y si no se les daba la extensión debida, no dejarían de ser apéndices perturbadores de la compacta homogeneidad que la obra tiene en sí misma. Ante estos estados de duda, preferí ser consecuente con el libro traducido y orientar mis anotaciones hacia esos capítulos que tenía ante mí. Cuando Angel Rosenblat reseñó la versión inglesa, dijo: «La obra de Iordan, escrita en el otro extremo de la Romania, no atiende casi el movimiento hispánico. Es el único reparo que podemos hacer a una obra tan valiosa en todo sentido» (RFH, II, 1940, pág. 183). Cierto que el propio Iordan cambió algo en las otras ediciones rumanas, pero —en verdad— no lo que necesitaría conocer un lector de lenguas peninsulares o, acaso, un romanista. Por eso mi pretensión ha sido la de dotar a este gran cuerpo doctrinal de las referencias necesarias para que podamos insertar en él las tareas del mundo hispánico: castellano, portugués, catalán, vasco. Saber de este modo qué aportaciones se han hecho en cada una de nuestras lenguas o qué actividades se han desplegado hacia este enorme mundo de la Romania occidental. Naturalmente, no creo haber acertado siempre, pero recordaría, como hizo Orr, la máxima latina de improbe facit qui in alieno libro ingeniosus est, *y acaso en ella buscara mi descargo. Por otra parte, he añadido materiales de obras no tenidas en cuenta, pero de autores tratados, porque siendo asequibles en alguna lengua peninsular podría enriquecer la perspectiva de los lectores hispánicos, y he añadido todo aquello*

que me parecía necesario para completar la doctrina del autor, sin salirme de los moldes que él mismo se había trazado. Acaso deba hacer algunas observaciones a las muchas páginas que he incorporado al capítulo tercero y a la reelaboración que he hecho de una parte del mismo: creo no haber faltado a las intenciones del profesor Iordan y creo haber situado en el lugar apropiado una serie de hechos que muestran la vitalidad de la geografía lingüística, su proyección en Ibero-Romania y las esperanzas que en ella —aún— podemos concebir. Porque el capítulo tercero de la obra era —acaso— el más importante y el concebido con un carácter más exhaustivo, he intentado mantener el mismo tono. Conste, de manera inequívoca, que el autor ha revisado con una admirable pulcritud el texto español y hasta la más insignificante de mis notas: en nada ha encontrado impertinencia.

No quisiera poner fin a este prólogo sin agradecer a la Editorial Alcalá el cariño y rapidez con que ha realizado la obra. En un tiempo verdaderamente corto ha impreso este largo libro: como homenaje al profesor Iorgu Iordan, Presidente del Décimo Congreso Internacional de Lingüistas que se celebrará en Bucarest a partir del 28 de agosto de 1967, y como homenaje de sus colaboradores de esta Romania extrema a la otra Romania extrema. A uno y otro me asocio —parva ofrenda— con mi modesto trabajo.

MANUEL ALVAR

Granada, 14 de mayo de 1967.